

Nº 548
24
Noviembre
2021
Miércoles



Rebelión en la casa de Bernarda Alba

Enrique del Pino

Me pareció, no lo pude evitar, que las cinco hijas de doña Bernarda Alba, aquellas infelices mujeres de la España profunda que Lorca recluyó entre las blancas paredes de una casa vieja, casi cien años después se reunían una noche en aquellarre para dar señales de vida. Fue como si dijesen «Aquí estamos nosotras, dispuestas a cambiar el mundo. Ya está bien de miseria. El comunismo que representamos ha alcanzado su punto álgido y España va a ser el yunque donde con nuestras hoces y nuestros martillos vamos a perfilar el nuevo que se aproxima y que nosotras preconizamos. Como la otra vez». Y después de pegar un golpe en la mesa se ajustaron el cinturón ese que se ponían las mujeres cuando los maridos se iban a la guerra y llamaron a los medios para que las elevaran al podio mítico. Y ahí están. Ya las tenemos en haz, unidas por la cintura, danzarinas ellas, comunistas todas,



con un insípido toque islamista, dándole a los becarios de turno información para la novedosa campaña que se avecina.

Claro, esto no hubiera sido posible en un país donde gobernase el sentido común. Para que esta gente pudiera más o menos compaginar sus pasiones hacía falta un individuo que detentara el poder con su ayuda, y

con la de los separatistas, y que una diva con carisma se alzara en lideresa con sus proclamas sociales y sus pulsiones guerreras, como dicen que hacían las Amazonas en el lejano país del Ponto. Tanto es así que hasta se cree que se cortaban un pecho para poder disparar mejor el arco y las lanzas, aunque nunca se ha probado, porque es mentira. Pero hacían una cosa que las llevó a la fama: pelear con los hombres. Eran mujeres nacidas para matar y como

tales formaban un ejército de tetas imparable. No llegaron a ninguna parte, pero idealizaron su tiempo. Después fue todo cuesta abajo. Hasta llegar a la casa de doña Bernarda Alba, cuando una viuda con hijas bebía sus lágrimas en la soledad de las noches oscuras de una España incierta. Así lo pintó Lorca, pero este hombre era un poeta y ya se sabe que a los poetas les está casi todo permitido. Ahora, casi un siglo después, he oído que un autor ha escrito una réplica de la obra, pero no la he leído. Procuraré enterarme. De lo que sí tengo información es de los nuevos pasos que este ramillete de flores marchitas pretende dar, que son los que encaminan a hacerse con el hueco que van dejando sus socios de la izquierda, según dicen los sondeos. Tanto es así que en el partido del puño que asfixia a las rosas están preocupados. Le temen a la tal Yolanda porque ven en ella una sustituta con garra. Verdura de las eras. No llegará al río la sangre que suelen derramar las comunistas de turno. Tanta han dejado correr desde aquello de la Revolución que ya la tienen en casa, como la leche que beben, si es que la beben. Pero sí es seguro que incordiarán. Por ejemplo, en casa de doña Bernarda Alba han puesto las muebles patas arriba. Ahora están en el bullebulle de acomodarse, pero pronto extenderán cédulas de alistamiento y todo el rojerío español (femenino) hará cola



para apuntarse, pues una ocasión como esta no es cosa de todos los días.

Los primeros síntomas de disgusto ya se han hecho notar. Les ha molestado que digan que se han reunido en aquelarre. Son tontas. El gran «Chespir» comienza su Macbeth

con un cónclave de brujas y saca una obra genial. Será, digo yo, porque siempre aparece en ellas el macho cabrío, que es el quid de la cuestión. Porque lo necesitan, siquiera sea para sus conciliábulo determinantes. Como pasó en Salem, hace ya muchos años, al otro lado del Atlántico. Pues en España, que es este país que habitamos, el comunismo galopante ha levantado la voz para erigirse en batallón pestaña de la nueva orden que llega. Una política de derechas ha dicho que la figura está bien para quedar en la sombra maldita de un burka y vivir acobardadas. No lo sé, Pero lo que sí intuyo es que si ya ha llegado la hora de los coños esta no es. Esta que se anuncia es un número circense jaleado por unas cuantas televisiones para procurarse materia informativa, y luego seguir con sus guarrerías de rigor. Lo siento, es la España que tenemos. Y mientras no se demuestre otra cosa más decente, tengo que seguir denunciando la matraca de mujeres que en vez de defender sus encantos femeninos trabajan por sus ideas feministas. Es como si lo varonil fuese sustituido por lo machista.

Pero así vienen dadas.

* * *

Represaliados

José María Nieto Vigil

Mi abuelo materno se llamaba Juan Jesús Vigil, un amadísimo y ejemplar padre de tres hijas, María Piedad –mi madre–, María del Rosario y María José, y un esposo maravilloso. Era miembro de una distinguida familia de origen asturiano, de profundas raíces cristianas y republicano por convicción y devoción, amigo personal de Indalecio Prieto, con el cual mantenía una fluida correspondencia personal. Durante nuestra fatídica Guerra Civil, estando viviendo en Torrelavega, sorteó con fortuna un intento de «paseillo» –ya me entienden– que unos milicianos, comunistas, pretendían darle durante una de aquellas noches en las que la revancha y el odio se hacía



presente en muchos lugares de nuestra Patria –con mayúscula–. La enérgica decisión de mi abuela impidió el trágico desenlace de tan terrible visita. Mi familia, temerosa de la persecución de que fue objeto –siendo republicano como ya he dicho– le obligó a permanecer oculto en el desván de un miliciano propietario de una cantina, al que

previamente habían sobornado. Escondido en su pequeño zulo, situado encima de la cantina, cuando anocheaba, escuchaba a los milicianos festejar sus triunfos y comentar sus deseos de captura al «señorito» para darle la licencia –textualmente–. ¿Cuál era su delito? Quizá ser católico, republicano y persona distinguida. No había más culpa que ésa. Al finalizar la contienda, por tener ese pasado afín a la II República Española, tuvo que afrontar un cautiverio y condena a trabajos forzados. Así pues, un hombre represaliado y perseguido sin ningún delito que haber perpetrado.

Mi abuela, María del Carmen Gutiérrez Odriozola, era una mujer de carácter, sencilla y sin ninguna adscripción política, si acaso, por ascendencia familiar, más inclinada a la izquierda. No había sombra de duda acerca de cualquier indicio de sospecha de ser afecta Alzamiento Nacional, sin embargo también sufriría los rigores de la envidia y el rencor de la soldadesca revolucionaria republicana. Tanto es así que su hermano pequeño, Cándido Gutiérrez Odriozola, «Candidín», con apenas veinte años cumplidos, fue movilizado obligatoriamente por el Comité Revolucionario constituido. Él no quería pelear en una guerra, sólo aspiraba a trabajar las tierras que su familia, con gran esfuerzo, había conseguido reunir. Sometido a una vigilancia extrema por parte de sus jefes militares, comisarios políticos a la sazón, desapareció en extrañas y desconocidas circunstancias. Solamente sabemos que fue ejecutado y desconocemos su lugar de enterramiento. Era otra víctima inocente represaliada sin ningún motivo. Jamás hemos podido conocer su paradero y las circunstancias que acompañaron a su ejecución.

Tanto mi abuelo, Juan Jesús, como mi tío abuelo, Cándido, fueron represaliados por los suyos. No había móvil político de ninguna naturaleza que les señalara como partícipes de sedición, conspiración o como quiera que se pudiera calificar su intachable comportamiento. Mucho se ha llorado sus ausencias y mucho duelo generaron sus pérdidas. Nadie sabe lo que pasó, ni dónde ni cuándo. Es el escueto relato de una represalia gratuita, inmerecida y criminalmente cobarde. Sin embargo, movidos por unas profundas convicciones cristianas, mi familia materna jamás albergó sed de venganza, menos aún de revancha. Sencillamente, se les tributa un sentido recuerdo en las oraciones de los suyos. Jamás se ha pensado depurar responsabilidades ni emprender acciones de ningún tipo. Podemos perdonar, pero nunca olvidar.

Hoy, más de ochenta años después, un espíritu sediento de odio, revancha y venganza encubierta, es promovido por la execrable Ley de Memoria Histórica, o por su sucedánea y



peor versión, la Ley de Memoria Democrática, profundamente reaccionaria, sectaria y frentista.

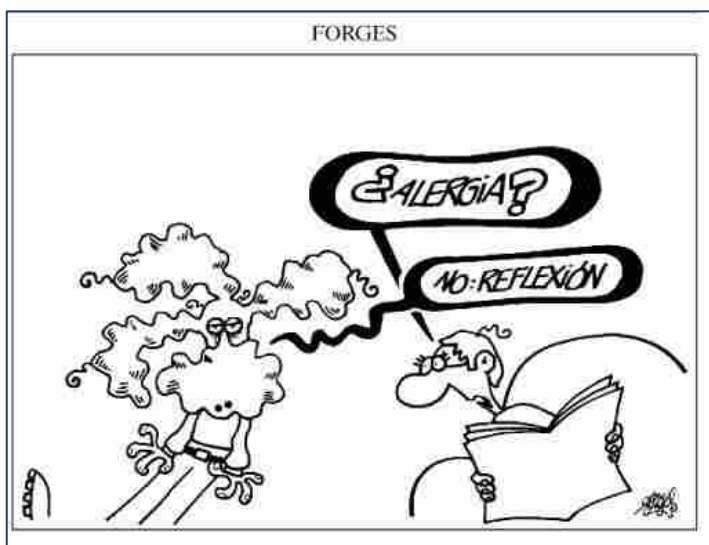
La anunciada modificación de la Ley de Amnistía, la 46/1977, de 15 octubre, pretende dar un paso más en su despiadado encono y afán de profanar la historia de España, tratando de redactar de forma espuria y repugnante, un nuevo e

imperativo relato histórico de los hechos acaecidos. Lejos de intentar la reconciliación de los españoles, se abren viejas heridas administrándolas e inculcándolas nuevas dosis de odio. No ganaron la guerra, porque, paradójicamente, la ganó y la perdió el pueblo español, y ahora, a golpe de ley y decretos, aspiran a imponernos la mentira consagrada y vengarse del contario con el apoyo de sus incondicionales, es decir, los secesionistas catalanes, los nacionalistas vascos, los bilduetarras y demás mesnadas antiespañolas. No ganaron la guerra y están destruyendo la paz y la concordia que nos hemos dado el maltratado pueblo español.

La situación es grave, lamentablemente muy grave. Su memoria exhibida, absolutamente reduccionista y parcial, tergiversa la verdad, manipula la opinión pública y miente miserablemente, sin ningún recato y con profunda soberbia y altanería. ¿Por qué no quieren hablar de los religiosos que fueron martirizados por su condición de hombres y mujeres de fe? ¿Por qué no quieren recordar la profanación de iglesias y cementerios de forma sacrílega y brutal?

¿No recuerdan ustedes los graves y sangrientos asesinatos perpetrados en las checas? ¿Acaso hemos olvidado el significado aciago de lo que representaron las sacas para miles de nuestros compatriotas? ¿Dónde están los millares de españoles que fueron ejecutados y arrojados a fosas comunes de paraderos

desconocidos? ¿Por qué no relatan que el gobierno de la ignominiosa II República Española fue financiada y apoyada militarmente por la Rusia de Stalin, el mayor genocida de la historia de la humanidad? ¿Y las homenajeadas «Brigadas Internacionales» tan angelicales como criminales? ¿Qué les parece el



comportamiento de las milicias anarquistas lideradas por Buenaventura Durruti, de impropio nombre y aterrador protagonismo? Les aseguro que podría pasarme días planteando interrogaciones retóricas.

Desde mi condición de historiador, pero sobre todo, desde una sincera y honesta profesión de verdad, objetiva y basada en el conocimiento, no estoy dispuesto ser el intérprete de

la nueva letra que se está escribiendo sobre nuestro pasado, no solamente el reciente, también el pretérito y excelso legado de etapas ya lejanas en el tiempo. No me voy a callar y tragar la burda posverdad que se está tejiendo de manera execrable y tendenciosa. Pero la notoria gravedad de lo que está acaeciendo tiene una proyección más allá de nuestro presente, se aspira a construir el futuro de nuestra sociedad a través del adoctrinamiento ideológico de nuestras jóvenes generaciones. La nueva y sectaria ley de educación, la LOMLOE, incluyendo añadidos posteriores, es el ariete con el que derribar los muros de la verdad desde el más absoluto oprobio.

Queridos y respetados lectores, uno no puede defender aquello que no ama, de la misma manera que no se puede amar lo que se desconoce. Nuestra respuesta ante tanto atropello y ultraje es el conocimiento, leer nuestra historia, conocer nuestro pasado es clave y fundamental. Desde ahí, podemos argumentar y opinar con mayor grado de propiedad, autoridad y certeza. Que no nos callen y nos pongan una mordaza, colgándonos sobre el pecho el sanbenito en el que se escribe «Prohibido pensar», «Prohibido disentir». No señores, hay que hacer lo contrario. «Prohibido no pensar».

* * *

La democracia era eso

Juan Manuel de Prada (ABC)

A veces, para entender los mecanismos mentales del masoquismo, trato de meterme en el pellejo de un constitucionalista chorlito. Pienso, por ejemplo, en las sentencias que ha evacuado el llamado Tribunal Constitucional contra los estados de alarma decretados por el Gobierno, en las que se reconoce expresamente que restringieron o anularon ilegalmente «derechos y libertades fundamentales». En este punto, metido en el pellejo de mi

personaje, me digo: «¡Qué suerte tengo de vivir en un Estado de Derecho donde la acción discrecional del Gobierno es sometida a control!». Pero enseguida reparo en la cruda verdad: las sentencias del llamado Tribunal Constitucional, que simulan ser una condena de las ilegalidades perpetradas por el Gobierno, son más bien una «despenalización» de las mismas. En realidad, esas sentencias han servido para legitimar el abuso de poder, garantizando que no tenga consecuencias, garantizando por tanto que el gobernante pueda ejercerlo del modo más tiránico, sabedor de que todos sus actos quedarán impunes. La democracia era esto.

Con razón los medios sistémicos han concedido una atención tan remolona y displicente a la última sentencia del llamado Tribunal Constitucional. No lo han hecho, como piensa el constitucionalista chorlito, porque constituya un varapalo al Gobierno; lo han hecho porque no conviene que los constitucionalistas chorlitos se percaten de que dicha sentencia no es otra cosa sino la despenalización del ejercicio tiránico del poder. Los medios sistémicos saben que las cartas están trucadas; y actúan al modo que los padres actúan con los niños, ocultándoles la verdad sobre los Reyes Magos.



La democracia era esto. También, por cierto, el empobrecimiento de los salarios, la subida salvaje de los impuestos, el peaje en las autovías, la expectativa de una jubilación cada vez más tardía, los precios prohibitivos para los bienes de primera necesidad. La democracia era dismantelar nuestra industria y nuestra agricultura, para depender de materias primas controladas por especuladores transnacionales que ahora, cuando nos saben genuflexos, deciden disparar los precios o desaproveccionarnos. La democracia era convertir, con la excusa del cambio climático, la carne en un artículo de lujo para élites e imponer una dieta de gusanos a la plebe (que, además, habrá que cocinar durante el conticinio, para que no se dispare la factura de la luz). La democracia era volver al subdesarrollo y al empobrecimiento, pero con garantía ecológica.

Y, por supuesto, la democracia era también impedir que los niños puedan ver anuncios de chocolate y galletas, mientras en la escuela y en Netflix les enseñan las delicias del cambio de sexo y les ayudan a hacerse pajas con perspectiva de género. La democracia era llevar una vida de ratas; o peor que las ratas, que al menos pueden reproducirse. Claro que, al menos, nosotros podemos en cambio seguir votando a los causantes de nuestros males, cosa que en cambio les está vedada a las ratas.

* * *

Pánico en el museo

Sertorio *(El Manifiesto)*

En un gobierno tan «inclusivo» (perdón por el palabro) que se empeña de tal manera en que nadie se quede atrás que impide que todos salgamos adelante, era de esperar un avance social de este calado: colocar a un paleta en el Ministerio de Cultura... y Deporte, esa especie de cajón de sastre en el que caben desde Velázquez hasta el balonmano. Como si fuera un alcalde pedáneo de los de faja en la cintura y boina hasta el entrecejo, el tal Iceta, cuyo principal mérito ha sido el bajarle las bragas a la nación española frente al separatismo catalán, ha decidido que la Dama de Elche tiene que estar en Elche y, suponemos, que la Bicha de Balazote y el Tesoro de Guarrazar han de volver a su emplazamiento original, así como el fusilamiento de Torrijos a la alegre Málaga o la Rendición de Bailén a Bailén, como su nombre indica. Es de esperar que no tardará el alcalde de Zaragoza en pedir que la



vista de su ciudad, pintada por Velázquez y Mazo, pase a su museo local –como el icetiano Bobo de Coria al de Coria– o que la noble villa de Fuentedecantos exija que se trasladen a su Casa de la Cultura las obras de su ilustre paisano (Zurbarán, señor Iceta, un pintor charnego) que se conservan en El Prado. Eso, por lo visto,

se llama federalismo cultural y tiene su lógica, porque si España está en desguace y se va a disolver en el légamo primordial de la Unión llamada «Europea», ¿qué sentido tiene que haya museos nacionales, un invento del siglo XIX íntimamente ligado con el Estado-nación, justo lo que se pretende aniquilar por la élite global? Eso sí, nadie le pide a la Generalidad de Cataluña que devuelva los papeles aragoneses y valencianos de la Corona de Aragón o los retablos medievales que su avarienta burguesía rapiñó por toda España; este tipo de federalismo es siempre asimétrico y algunas regiones son más simétricas que otras. Pero no hay mal que por bien no venga: la monstruosa grisalla del Guernica (perdón: Gernika) puede acabar en el País Vasco; el bodrio fundacional del Reina Sofía irá a parar al Guggenheim o a algún batzoki de la «cultura» abertzale, que es donde debe estar. Aunque no sé yo si a los caciques jeltkides les gustará que la obra de un maketo malagueño, chulo, moreno y taurino sea la principal atracción artística de su bantustán.

Iceta no es una excepción, sino la regla; la encarnación viviente del reino de la cantidad, del principio nivelador, plebeyo, feísta y cateto, radicalmente socialdemócrata, que pretende imperar en el reino de lo cualitativo, de lo espiritual, de lo inevitablemente selecto, de lo aristocrático por naturaleza. Ni siquiera en sus manifestaciones folclóricas, las artes admiten la igualdad y la inclusión. Iceta, por mucho que gire como una peonza achatada, no podrá bailar como Natalia Osipova, ni cantar como el demonizado Plácido Domingo, ni escribir como Kipling, ni pintar como Degas. No se hicieron las margaritas ni

las perlas para la boca de los cerdos. Pongamos un ejemplo: cuando la revolución de Octubre triunfó, Lenin y Trotski pensaron en disolver los ballets imperiales por elitistas y aristocráticos. Por fortuna, el colosal trabajo de Agripina Vagánova y la afición del pueblo ruso –sí, el gran arte es a su manera democrático, porque sale del pueblo cuando éste es sano– impidieron que se consumara otro crimen más contra la civilización. Stalin, gran amante del ballet, permitió que la vieja escuela imperial siguiera funcionando y que un arte tan selectivo, primoroso y delicado sobreviviera y prosperara. En los democráticos Estados Unidos se hizo algo mucho peor, se adoptó el «método» Balanchine, una simplificación del de la Vagánova, y el ballet se convirtió en una forma especialmente gimnástica de baile, desprovisto de todos los matices y de toda la exigencia del sistema imperial, pero indudablemente más igualitario. Compare el lector un ballet ruso con otro americano y después elija.

La democracia y la alta cultura son incompatibles

Y como son incompatibles, de ahí el afán de las autoridades de los regímenes que padecemos en ensalzar lo feo y lo maquinal, en dar carta de naturaleza a los abortos de las vanguardias cuyas creaciones, desde luego, están al alcance del cualquier mastuerzo. De Iceta no podremos hacer un Goya o un Fortuny, pero sí un Schwitters o un Tàpies.

La democracia es necesariamente hortera, tiene que rebajar sus parámetros culturales a la altura de la chusma que fabrica su sistema «educativo». Sin una masa creciente de televidentes iletrados, los regímenes como el español no se podrían sostener. Las oligarquías necesitan masas como las americanas, una hez suburbial a la que hay que entretener pero no formar ni educar, porque eso supone exigencia, criterio, tradición y saberes.

Una muestra de lo degradado que está el ámbito de la cultura es que se considera que los videojuegos lo son. Basta con echar un vistazo a la escoria dirigente: cuando el doctor Sánchez empezó su mandato, el escándalo fundacion-



nal fue el del vuelo en Falcon a Benidorm para asistir a un concierto de The Killers. La prensa puso el grito en el cielo porque el condiscípulo de Iceta usó un avión para desplazarse. Creo que fue la inefable Carmen Calvo la que justificó el viaje con la excusa de que figuraba en la agenda

cultural del presidente-doctor. El escándalo real es que el gobierno de la nación considera que los alaridos de unos niños sajones son cultura, y que eso merece el desplazamiento del jefe del ejecutivo con avión, escoltas y motorcade a la americana. Donde no se ve a nuestra chusma dominante es en el festival de Salzburgo, en el Mariinski de Petersburgo o en el San Carlo de Nápoles. No es de extrañar que cunda el pánico en los museos, convertidos en galerías comerciales y sujetos a los caprichos del primer o primera cretino o cretina con perspectiva de género. Con Iceta al frente desaparecerán las

Majas del Prado por machistas, el Carlos V dominando el Furor por supremacismo y el Dos de mayo por islamofobia (los buenos hoy son Murat y sus mamelucos). Lo peor de todo esto es que, si no se hace con Iceta, se hará con los ministros del Partido Popular.

* * *

P.D.

Guasch Oliva

Traemos aquí, como P.D. al artículo que publicábamos en el número 544, del jueves 18 del presente mes de noviembre, un añadido que nos ha remitido un lector:

También decirles que en el artículo que reproducen sobre los «enchufados» se olvidan de que en Cataluña gozamos de 42 comarcas con 1.063 «enchufados», 3.000 empleados y con un coste 5.086 millones de € según datos oficiales de la misma Generalitat, ni que decir tiene que la eficacia de su gestión es...

Un saludo

* * *